

Click

Rafael Victorino Muñoz

Pero no importa, así estás bien. Desangrando tu cabellera en mi almohada. Click. Click. Click. Pero no importa, así estás bien. Durmiendo y a punto de soñar. Click. Tus ganas de llorar cuando tu mamá te hizo ir a clase con el vestido de reina de carnaval. Click. Sé que estás soñando con el color naranja. No te pareces ni a Sondra Locke ni a Winona Ryder. Pero no importa, así estás bien. Antes te parecías un poco a Malú Mader. Click. Tú, descomponiendo de una patada el racista enfrentamiento de mi tablero. Una partida de Fisher. No aparecen más imágenes y es como si la memoria hiciera silencio.

Te imagino en la plaza, a punto de pedirme que te compre un helado. Como te has portado bien, tomo otra foto. Click. Miras a lo lejos. Salió un poco borrosa. El Mediterráneo. Invierno. Click. Tienes una pañoleta y unos lentes oscuros, como los que habría usado Marilyn para ir al entierro de JFK. Esos guantes de piel son muy balzacianos para mi gusto. Mejor te los quitas y pedimos un vermut. Pareces tu propia estatua. Click. Un retrato de tu palidez flaubertiana. Click. Uno de tu aire de tulipán distraído. Click. Te despiertas. Preguntas qué voy a hacer con este revólver. Es que no tengo cámara. Tú sabes, los chinos inventan mucho. Me oigo soltar un discurso que me sé de memoria porque lo he practicado muchas veces:

—Tú eres la única persona que me quiere, por eso sé que no vas a fallarme. Desde que era un niño siempre me ha obsesionado, más que la muerte, qué hay después. He decidido matarte, pero antes tienes que prometerme que vas a regresar y vas a contarme.

—No, no jures pensando que no voy a disparar. Ya está decidido. No tienes que llorar. Los que lloran son lo que quedan vivos. Ves, yo no lloro (eso no estaba en el discurso original, pero me salió bien).

—Yo tampoco quería que esto pasara, pero yo te lo dije: búscate otro novio, que yo estoy loco.



No jures en vano, que es muy feo. Sigues llorando, porque sabes que vas a morir, porque sabes que apenas cumpliste 21 años. Estás llorando. Te recuerdo en un sueño: yo estaba entrando en una casa y una mujer, en ese preciso instante, cortó el cuello de una gallina. Sentí lo caliente de la sangre en la mejilla. Luego apareciste tú, en un recodo del sueño: llorabas, pero no como esas mujeres que abren mucho la boca. Llorabas y te veías tan bonita. Te miro ahora: no lloras como en el sueño. Lástima. De repente se me ocurre pensar que el revólver no está cargado y que cuando lo cargue ya se me habrán pasado las ganas. Me da la impresión de que todo sucede al revés: primero veo en tu pecho esa mancha roja y luego oigo el disparo: pump o bang o como quiera que se escriba la onomatopeya del sonido de un arma de fuego al ser accionada. Click.

Fin

“ Te imagino en la plaza, a punto de pedirme que te compre un helado. Como te has portado bien, tomo otra foto. Click ”.

EL AUTOR



Rafael Victorino Muñoz

(Valencia, estado Carabobo, 1972). Es licenciado en Lengua y Literatura y magister en Lectura y Escritura egresado de la Universidad de Carabobo. Entre otros, ha publicado los libros de relatos *Pre-textos* (1996), *Relatos* (2004), *Retablos* (2006), *Manual del Sinvergüenza* (2017), así como los conjuntos de ensayos *Notas y digresiones* (2000) y *Compás mayor* (2009). Algunos de los reconocimientos que ha recibido son: el Concurso Nacional de Narrativa Salvador Garmendia (2003 y 2016) y el Premio Internacional Monte Ávila de Novela.

El brazo malo

Sam Lipsyte

“

Quizá las avispas fueran peores. Quizá los clavos de la puerta del porche que podían transmitir enfermedades aunque tuviera bien el brazo 🐝.

Tenía marcas, bultos, un rosario de verdugones y quemaduras. Eran las cicatrices en aquel brazo de todas las veces que algo había tratado de matarla. El fogón

trató de matarla. El cuchillo de carnicero trató de matarla. El estropajo metálico, incluso, casi estuvo a punto.

En invierno escondía el brazo malo en su jersey para andar por casa. En verano eran las abejas y los clavos mal remachados de la puerta del porche. Nos preocupaba el verano, hasta que llegó, y nos olvidamos de seguir preocupándonos. Metimos toda la comida que necesitábamos en la bolsa a cuadros, los sándwiches y lo que se les pone adentro, las botellas de limonada con las tapas que se desenrosca. Lo subimos todo al coche y nos pusimos en camino. Se sentó adelante, colocada en su sitio como es debido, junto a nuestro padre, el brazo malo apretado contra el cristal de la ventanilla.

Íbamos a ver los barcos. Los barcos de todo el mundo que iban a subir por un río.

Me preguntaba como veían el brazo malo los conductores que se cruzaban con nosotros. Me preguntaba si veían lo que estaba mal extendiéndose por la ventanilla, la parte quemada, la parte del estropajo metálico, la del cuchillo de carnicero.

Todo lo que sabíamos sobre aquel brazo era que no teníamos que tocarlo, ni pellizcarlo, ni masajearlo. Podíamos sujetarla por cualquier otro sitio. Pero no podíamos utilizar el brazo malo para llevarla de un lugar a otro. Tampoco podíamos darle golpecitos en él para que se volviera.

El brazo malo nunca se curaría del todo. De ahí que todas las cosas intentaran matarla precisamente en ese sitio. Si se le hacía daño, nos dijo nuestro padre, el brazo malo podía acabar con ella. Dijo: “acabar con ella” como si no tuviera importancia. Nuestro padre nos contó la historia del hombre que murió debido a la manera en que su madre lo sumergió en un río. Tenía un talón malo.

Llegué a la conclusión de que prefería tener un talón malo a un brazo malo. Eso, en el caso de que me dejaran elegir de verdad, no en el caso de que me dieran lo que ya tenía y se acabó. Nuestro padre decía a veces que tienes que jugar con las cartas que la vida te reparte, pero yo sabía de juegos en los que te daban otras nuevas. Estaban además los fantasmas de la linterna que también concedían deseos. Yo deseaba ser uno de esos chicos que desean que el brazo malo deje de estar malo. Quería ser de esos chicos que no malgastan un deseo. Ni mi hermano, ni mi hermana ni yo nos

portamos bien camino de los barcos. Algunos teníamos que hacer pis. El coche necesitaba gasolina. La cañería del baño de la gasolinera casi la mata. Quizá estuviera llena de pis hirviendo. Luego seguimos viaje hacia donde estaban los barcos.

Habría abejas en el sitio donde los barcos del mundo estaban navegando, pero nuestro padre dijo que no podíamos tener miedo de todo. Porque en ese caso era como si ya estuviéramos muertos.

—No hay ninguna razón para preocuparse —nos dijo ella—. Me han pasado cosas peores que las abejas —alzó el brazo malo, separándolo un poco del sitio donde lo tenía pegado a la ventanilla.

¿Qué podía ser peor que las abejas?

Quizá las avispas fueran peores. Quizá los clavos de la puerta del porche que podían transmitir enfermedades aunque tuviera bien el brazo. Quizá los alambres rotos del mosquitero del porche en los sitios en donde estaban rotos y curvados, y que nuestro padre nunca arreglaba. ¿Por qué no los arreglaba? No le preocupaba el verano, ¿al menos durante el invierno? Las abejas dormían entonces. Había tenido tiempo. Sin embargo, ¿quién era yo para decírselo? Yo, que no estaba dispuesto a malgastar un deseo.

Mi hermana y mi hermano tenían su lugar en el asiento, allí podían comer los sándwiches, allí podían cantar. Ninguno de los dos significaba nada para mí. Todo lo que me importaba estaba delante. Mi padre estaba delante, en el otro lado del automóvil. También ella estaba delante y solo nos separaba el asiento. El brazo malo metido en la ranura secreta entre el asiento y la portezuela. Era nuestra ranura. Veía la ampolla



SolRoccocuchi

producida por la cañería de pis hirviendo. El brazo se estremecía cada vez que había baches en la carretera.

Nos paramos y, para hacernos una foto con árboles, nos sentamos en el banco de una zona de descanso.

El banco estaba lleno de astillas peligrosas. Me di un paseo para cazar avispones. Y también garrapatas. Conté todas las cosas de allí que podían matarla. Un trozo de botella, un peine roto. Una espina, incluso. Ningún fantasma de la linterna te concedería con un solo deseo que desapareciera todo al mismo tiempo. Tenías que suprimir cada cosa por separado, y nunca acabarías con todas. No harías más que malgastar tus deseos.

—¿Qué tal aquí? —le dijo ella a mi padre.

—Todavía no, aquí no —le respondió él.

Ya estábamos en la carretera del río. Descubrimos las puntas de los mástiles por encima de las colinas junto al río. La bolsa a cuadros estaba en el suelo. Ahora era yo el encargado de guardarla. Metí la mano dentro para sentir el papel encerado que envolvía los sándwiches. Aunque mi hermano y mi hermana cantaban sus canciones, oí lo que le decía mi padre.

—Una opinión estúpida —dijo.

—No te lo creas —dijo.

—Un especialista de New Paltz —dijo.

—No pienses que te vas a librar de mí tan fácilmente —dijo.

—Se lo tenemos que contar, se trata precisamente de eso. ¿A quién le importan los barcos? —dijo.

A mí empezaban a interesarme.

Empezaba a ser alguien que quería ver qué barcos había enviado el mundo para navegar por allí. Quería que fuese precisamente aquello lo más importante.

Me puse a hacer muchas preguntas sobre los barcos. No pensé que estuviera mal preguntar.

Nuestro padre dijo que todos los barcos serían grandes y de todos los países con tradición marinera. Dijo: —marinera como si hablara de alguna cosa perjudicial. Aseguró que los barcos eran una cosa pero que había otra cosa de la que tendríamos que hablar todos cuando llegáramos a donde estaban los barcos.

Dije que había algunas cosas de las que también quería hablar. Dije que quería saber para qué hervían pis en la gasolinera y que para qué servía eso. Dije que quería saber por qué mi padre no había arreglado el mosquitero del porche mientras dormían las abejas. Dije que quería saber si además de un New Paltz había un Old Paltz.

—No deberías escuchar las conversaciones de los demás —dijo ella—. Te lo conta-

remos todo.

Pregunté por qué el brazo malo estaba tan mal, y si lo que íbamos a hablar era de que todavía iba a estar peor.

—Mira —dijo ella— los barcos.

Mi padre detuvo el automóvil en una llanura alta, un prado. La bolsa a cuadros resbaló cuando frenamos.

Salimos del coche y pisamos la hierba. De pie, en la misma posición que ocupábamos dentro del coche. La gente se sentaba sobre mantas y sábanas y señalaba los barcos con la mano.

—Mira —dijo mi padre y estuvimos mirando. —¿Responde esto a algunas de tus preguntas? —me dijo.

—A algunas —respondí.

La parte de atrás del brazo malo seguía delante de mí, como si estuviera aún en nuestra ranura secreta. Había cicatrices, ampollas, despellejaduras causadas por el sol, manchas, marcas de nacimiento y otras de después de haber nacido. Podía ser el brazo de cualquiera, pensé. Éramos nosotros los que lo empeorábamos al decir que estaba mal. Deberíamos darle masajes y cogerla a ella de aquel brazo para llevarla de un sitio a otro. Para llevarla a los barcos. No necesitábamos la estúpida opinión de un fantasma de la linterna de New Paltz para hacer que el brazo malo de mi madre volviera a estar bien. No nos hacía falta que todas las abejas se fueran a dormir para evitar que el brazo de mi madre se pusiera peor de lo que ya estaba. Solo teníamos que gastar todos nuestros deseos.

—Acerquémonos más —dije.

Y entonces hice algo malo. *Fin*

Tomado de *Generación quemada* (una antología de autores norteamericanos). Editorial Siruela, 2005. España.

EL AUTOR



Sam Lipsyte

(Nueva York, Estados Unidos, 1968). Novelista, guionista y escritor de cuentos. Autor de la colección de cuentos *Venus Drive* (2000) y de tres novelas: *The Ask* (2010), *The Subject Steve* (2001) y *Home Land* (2004). El trabajo de Lipsyte se caracteriza por su perspicacia verbal y su humor negro. Recibió una beca Guggenheim y enseña en la Universidad de Columbia. En mayo de 2011, HBO anunció el desarrollo de una comedia, *People City*, basada en el trabajo de Lipsyte, con él mismo como escritor y productor ejecutivo.

Verbenas

Antón Riveiro Coello

Marcial de Parada, más conocido como Verbenas, murió en el hospital de Piñor y no vio cumplido así su deseo de hacerlo ante una orquesta, una ilusión que él, con su asistencia suiza a las fiestas, había propagado con tal eficacia que, en la provincia de Ourense, eran pocos los que no lo sabían.

Era natural de Niñodagua, una aldea de veinte vecinos, y había abandonado su casa natal para venirse a las Casas Baratas. Tenía todas las fincas a barbecho. Porque había estado trabajando en una fábrica de bombillos en Dortmund y había vuelto a los setenta con una paga que le garantizaba vida holgada y sus mayores vicios, que venían siendo la adquisición desmedida de cintas de música y la asiduidad a los locales de alterne para procurar el amor subalterno de las putas.

A diario lo único que hacía era construir rutinas a la espera del fin de semana, cuando sacaba el cuaderno reticulado donde tenía anotadas todas las fiestas de la provincia, catalogadas por escrupuloso orden de preferencia, y acudía con una sumisión fanática antes de que los músicos comenzasen a tocar. Su presencia en las fiestas era tan fija que hubo veces en las que alguna orquesta esperó por él, como si se tratase de un músico más.

Su llegada causaba gran expectación. Aparecía siempre en taxi, exhibiendo su poblada barba blanca y la alegría frondosa de su sonrisa festiva, y atravesaba los saludos y las burlas de los niños para cuadrarse ante la orquesta. En invierno vestía una zamarra con solapas de piel de zorro y en verano un traje gris cruzado de bandas negras. Bailaba solo, con una pasión lunática que hacía explotar carcajadas insensatas a las que él nos prestaba la mayor atención, y su gozo era tal que, a veces, la vida parecía salirle por los ojos. Náufrago entre las parejas, celebraba los amores ajenos y en los descansos frecuentaba los puestos para beber copas de licor café que fertilizaban los zarandeos de sus bailes y acababan por ponerle en los ojos esa felicidad parásita de los borrachos. Y siempre se quedaba hasta el final, cuando ya los estrados se quedaban limpios de instrumentos. Entonces volvía a sacar el cuaderno, donde también tenía una lista pormenorizada de locales de putas que lo habían acogido, y en esa atmósfera canalla solía hacer noche. Las más de las veces, como él no llegaba en condiciones para el amor, lo acostaban en cualquier catre y cuando despertaba siempre tenía a su lado una puta que, para cobrarle unos servicios inexistentes, elogiaba el arrojo que él había puesto en el acto. El pobre agradecía esas alabanzas postizas, anotaba el nombre de la mujer para la próxima ocasión y, después de consultar las páginas de su agenda, partía hacia donde hubiese cohetes, alboradas y sesiones vermú.

Fin



“

A diario lo único que hacía era construir rutinas a la espera del fin de semana ”.

EL AUTOR

Antón Riveiro Coello

(Galicia, España, 1964). Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Valquiria* (1994), *Animalia* (1999), *Homónima* (2001), *As regras de Bakunin* (2000), *Casas Baratas* (2005), *Laura no deserto* (2011), *Os elefantes de Sokúrov* (2015) y *A ferida do vento* (2016). Ha sido galardonado y reconocido en un gran número de certámenes entre los que destacan el Álvaro Cunqueiro de narrativa, Manuel García Barros de novela, Café Dublín de narrativa, Pedrón de Ouro, Manuel Murguía, Camilo José Cela, así como algunos premios internacionales como el Max Aub y el NH de relatos.

